

## EL EJERCICIO DE LA DISONANCIA

DAVID BLANCO

En la frase más popular del *Tractatus*, Wittgenstein aconseja que: *De lo que no se puede hablar, es mejor callar*. Cuanto sigue a continuación podría interpretarse como un desafío algo irresponsable a esta máxima.

Cualquier aproximación a la personalidad de Emmy Noether termina derivando, casi por accidente, en un caso policial, donde las pistas se confunden y se amontonan las hipótesis.

La incertidumbre brota de nuestra propia ignorancia: hace tiempo que su punto de vista se desvaneció casi sin dejar cicatrices en la memoria. No quedan diarios que desempolvaren, lo que ha sobrevivido de su correspondencia privada gira casi exclusivamente en torno a asuntos matemáticos. En última instancia no queda más remedio que recurrir a los testigos, que con frecuencia mienten, no premeditadamente, sino porque hablan a través del cristal distorsionado de sus prejuicios.

Se hace tan difícil detectar los tics y las ideas preconcebidas de una época, cuando uno se halla instalado en ella, como a una persona cualquiera apreciar sus propios defectos. Desde una perspectiva moderna resultan chocantes muchas actitudes que la gente del siglo XIX daba por sentadas.

Tampoco conviene olvidar lo productiva que puede llegar a ser la especie humana a la hora de construir prejuicios. Si no se hallan motivos personales, siempre cabe recurrir a un amplio repertorio en el que fundar el desprecio, donde la raza afea tanto como la religión, el sexo, una forma determinada de vestir o las convicciones políticas. Puede decirse que el tiempo que le tocó vivir a Noether la apuntó a casi todos ellos sin la delicadeza de antes pedirle permiso.

Mujer en el seno de una cultura profundamente misógina, judía dentro de una sociedad que acuñó la palabra *antisemita*, firme pacifista durante la Gran Guerra de 1914 y miembro del partido socialdemócrata

que se hundió con la República de Weimar, se subió a un escenario donde cada accidente parecía dispuesto con el fin de anular alguno de los rasgos que alcanzaban a definirla superficialmente. Sin embargo, su epidermis ofrecía una vulnerabilidad engañosa. Por general que sea el principio, una descripción somera de Noether apenas describe nada, apenas roza la médula de un carácter tan fértil en anécdotas como en absoluto anecdótico.

El ejercicio de su vocación se convirtió en una larga carrera de obstáculos, donde salvar la valla de un prejuicio servía tan solo para salir al encuentro del siguiente. Cada uno de ellos bastaría para alimentar las páginas de una enciclopedia, pero aquí nos centraremos en las trabas que padeció debido a su condición de mujer: hubo hombres señalados con la misma estrella de David o que mantuvieron posturas políticas que pudieron considerarse extremistas en determinados círculos académicos, y que sin embargo alcanzaron una meta mucho más lejana.

El verdadero problema para la sociedad de la época consistía en la intersección de dos conjuntos: el de las mujeres y el de las matemáticas, una mezcla tan inverosímil como la del agua con el aceite. La literatura o el arte entreabrieron sus puertas al bello sexo con menos reservas que la ciencia, aunque a veces lo obligaran a presentarse en sociedad bajo seudónimo (una estrategia que puso en práctica Sophie Germain al iniciar su correspondencia con Gauss). Sin embargo, la creación literaria o plástica ofrecía un asidero para aceptar hasta cierto punto la creatividad femenina: la convicción de que las mujeres estaban dotadas de una sensibilidad distinta. Una mayoría argüiría que esa sensibilidad daba pie a una literatura o una pintura de segunda, sobre todo si se comparaba con los frutos del genio masculino, pero al menos escribir o pintar, bajo esta coartada emocional, no violentaba la esencia de la femineidad. La principal pega residía en que el cultivo de este género menor estorbaba la atención del hogar y la crianza de los hijos.

Tomemos el caso de dos pintoras francesas que formaron parte del núcleo inicial de los impresionistas: Marie Bracquemond y Berthe Morisot. Bracquemond se vio obligada a empaquetar el caballete con los pinceles y recogerlos en el desván, como si fueran armas de fuego que amenazaban la estabilidad familiar. Contaba además con la oposición de su marido, también artista, al que se le había atragantado su estilo,

moderno en exceso. Morisot se casó con un hermano de Manet y tuvo hijos. Afrontó los mismos problemas para conciliar su vocación con las obligaciones impuestas por el entorno familiar, pero reaccionó de modo distinto. Escribía a los 49 años en su diario:

La verdad es que nuestro valor radica en el sentimiento, en la intuición, en nuestra mirada, más sutil que la de los hombres [...]. Ahora quiero estar a la altura de mi responsabilidad [artística] hasta mi muerte; y me gustaría que los demás no me lo pusieran demasiado difícil.

Seguramente Emmy Noether hubiera estampado de corazón su firma al pie de esta última frase. Sin embargo, el problema radicaba en la que la precede. Al margen de que se negara a interpretar el papel que le habían asignado socialmente, ¿qué sensibilidad nueva podía aportar una mujer a las matemáticas? En el terreno literario o plástico era fácil proyectar un estereotipo sentimental y verlo plasmado en una suerte de género chico. Pero ¿qué clase de ciencia dictaban las emociones?

En un diálogo de la película *Shadowlands*, Clive Lewis, en presencia de la poetisa americana Joy Gresham, le comenta a un profesor de Oxford:

—*Pensaba que no creías en la existencia del alma, Christopher.*

Y su colega no vacila en responder:

—*Bueno, en realidad sí. Ahora bien, considero el alma como un rasgo esencialmente femenino: el anima, en oposición al animus, la variante masculina. Es la única manera que encuentro para explicar la desconcertante diferencia entre los sexos. Allí donde los hombres poseen intelecto, las mujeres tienen alma.*

A falta de intelecto, y sólo con alma, uno bien se las podía apañar para pintar o escribir, pero ¿para demostrar teoremas?

Las ciencias cifraban el problema en una imposibilidad biológica. Kant hacía bromas al respecto: *Una mujer con la cabeza llena de griego, como madame Dacier, o que se mete a discutir las complejidades de la mecánica, como la marquesa de Chatelet, bien podría lucir una barba.* Voltaire veía a esta última como: *un gran hombre cuyo único defecto consistía en haber nacido mujer. Una mujer que traducía y explicaba a Newton... en suma, un hombre magnífico.* Premisas que conducían a Kant a una tajante conclusión: *La mujer, por tanto, no debería*

*aprender ninguna geometría.* Detrás de las inquietudes intelectuales de cualquier mujer, Nietzsche adivinaba la existencia de algún problema con su sexualidad. Y para Goncourt no existían mujeres de genio, las mujeres de genio sencillamente eran hombres.

¿Se trataba de simples metáforas? Paul Moebius, un prestigioso médico, considerado por Freud como uno de los padres de la psicoterapia, opinaba que las mujeres matemáticas eran contrarias a la naturaleza, y juzgaba a Sofía Kowalevsky como el fruto de un proceso patológico. Los mecanismos de la creatividad científica centraron su interés profesional durante un tiempo, llevándole a un importante descubrimiento:

La mujer matemática lo es contra natura, es en cierto sentido un hermafrodita. Las mujeres instruidas o artistas son el resultado de la degeneración. Sólo por el camino de la anormalidad, a causa de una malsana metamorfosis, puede la mujer adquirir otros talentos que los que la capacitan para ejercer de madre o de amante.

Richard von Krafft-Ebing, uno de los fundadores de la sexología, estaba convencido de que las mujeres que sufrían un grado severo de homosexualidad degenerativa tendían a manifestar una poderosa inclinación hacia las ciencias.

Según Theodor von Bischoff, profesor de medicina en la Universidad de Múnich, las adolescentes que incurriesen durante la pubertad en el pernicioso hábito del estudio corrían el riesgo de infligirse una *lesión profunda y permanente* en los ovarios.

Estas opiniones nos ayudan a fraguar el cristal a través del cual examinaron los contemporáneos de Noether sus aspiraciones científicas.

En las matemáticas el talento resulta menos cuestionable que en otras áreas de creación, donde un gusto caprichoso bastaba para rebajar cualquier aportación femenina. En el caso de Noether, más objeciones encontró en quienes precisamente no entendían lo suficiente de matemáticas como para acusar el impacto de su obra. Fueron la administración y el ala de humanidades de su facultad, integrada por filósofos, filólogos e historiadores, quienes forzaron su incómoda, y a menudo absurda, situación académica.

El frente tradicional masculino fue adoptando diversas estrategias ante la desconcertante floración de mujeres científicas de finales del XIX

y comienzos del siglo XX. La facción más impermeable rechazaba de entrada la mera posibilidad de que alguna naciera con talento. El siguiente paso consistía en negar la evidencia, como en el caso de Sofía Kowalevsky, cuyas aportaciones fueron sometidas a una apresurada devaluación tras su muerte. Ante la magnitud de la obra de Noether resultaba más difícil ponerse a silbar y mirar hacia otra parte. La única manera de preservar la imagen que se tenía entonces de las mujeres pasaba por separarla del resto, guardándola a buen recaudo en la barraca de feria de las anomalías. Un genio masculino tampoco amanecía a diario, pero en el caso de Noether había que asegurarse de que fuera una excepción monstruosa como quien nace, por así decir, con siete dedos en una mano.

Los propios matemáticos que la apoyaron contra viento y marea, y que llegaron a profesarle un gran afecto, negaron su feminidad, seguramente de modo inconsciente. De ahí la obsesión por el aspecto físico de Emmy Noether, por su forma de vestir, de hablar, que en las semblanzas de otros matemáticos contemporáneos jamás asoma el hocico. En muchas ocasiones se esboza su retrato con el trazo grueso de una caricatura. Y precisamente el mecanismo de las caricaturas funciona atrapando los rasgos que se desvían de un cierto ideal para exagerarlos hasta lo grotesco.

Gauss ya apuntó la naturaleza de este proceso al referirse a Sophie Germain. Observó que la combinación de su destreza matemática innegable y el hecho de que fuera una mujer generaba una tensión evidente en quienes la trataban: *para resolver el conflicto, con frecuencia se la despojaba de sus atributos femeninos.*

Durante la estancia en Viena de Noether, en 1913, para asistir a un encuentro anual de la Asociación Alemana de Matemáticos, despertó la curiosidad del nieto de Franz Mertens, sumamente intrigado por las visitas que hacía a su abuelo un extraño personaje:

Recuerdo con claridad a un visitante que, aun tratándose de una mujer, me pareció el capellán de una parroquia rural, con un vestido negro que casi le llegaba hasta los tobillos y un abrigo de lo más anodino, un sombrero de hombre sobre el pelo corto (en aquel tiempo todavía algo poco común) y una cartera en bandolera como las de los conductores de ferrocarril de la época imperial. Debía rayar en la treintena y ofrecía

una estampa de lo más inusual. La hubiera tomado fácilmente por un clérigo de un pueblo vecino. Cuando interrogué a mi abuelo sobre su extraña visitante, me explicó que era una matemática, una mujer sabia que había venido a conversar con él sobre asuntos científicos.

La mayoría de las impresiones directas que conservamos de Noether son posteriores a 1923 y nos pintan un retrato de madurez, cuando ya había rebasado los cuarenta. El boceto lo emprenden matemáticos de su núcleo más íntimo, gente que cerró filas en torno a ella y admiró su obra.

En *A Mathematician's Miscellany*, de John Littlewood, sorprendemos el siguiente juicio de Edmund Landau, profesor en Berlín y heredero de la cátedra de Minkowski en Gotinga: *Puedo dar testimonio de que es un gran matemático, ahora bien, de si es una mujer... esto ya no podría jurarlo.*

Hermann Weyl, del mismo círculo académico, ahonda en la idea:

Resultaba fácil para quienes la conocían por primera vez, o no habían experimentado su fuerza creativa, considerarla estafalaria y hacer bromas a su costa.

Nadie podría sostener que las Gracias se detuvieron junto a su cuna; pero si en Gotinga solíamos referirnos a ella en broma como *señor Noether*, lo hacíamos también como un reconocimiento respetuoso a la fuerza de su mente creadora, que parecía haber roto las barreras de su sexo.

Una confidencia afectuosa donde se cuela entre líneas una broma cruel sobre su aspecto físico. Por supuesto, se dan por sentadas las barreras del sexo femenino.

El canadiense Albert Tucker, que diera forma definitiva al famoso dilema del prisionero, recuerda un día en que, siendo estudiante, avistó desde una ventana a Emmy Noether, que se aproximaba desde la estación de tren. Otro matemático, McShane, comentó pensativo mientras la veía caminar: *¿Sabrías cómo distinguir a Emmy Noether de un pingüino?*, para acto seguido contestar a su propia pregunta: *Los pingüinos no llevan cartera.*

Tucker remata la anécdota:

Noether siempre usaba el mismo traje; creo que no tenía otro. Y era de constitución casi tan ancha como alta, así que la descripción resultaba apropiada.

En el curso de una entrevista, Leon Cohen matiza el testimonio de Tucker:

Permíteme una observación sobre el aspecto de Emmy Noether. Como ya comenté, durante una semana asistí a uno de sus seminarios. A primera vista producía la impresión de una señora de la limpieza que viniera a borrar la pizarra. Era una mujer corpulenta embutida en un vestido amorfo, pero la intensidad de sus ojos, detrás de unas gafas cristalinas, ofrecía un contraste absoluto con el resto de su aspecto descuidado. Ahora bien, ignoro cómo es la mirada de un pingüino.

El algebrista Nathan Jacobson, estudiante por la misma época, tampoco pasa por alto su indumentaria:

Era una persona maravillosa. Inolvidable también. Al igual que Veblen, sólo disponía de dos trajes, algo así como una especie de blusones. Uno era de un azul deslumbrante. Tanto que casi te podías ver reflejado en él.

Erich Hecke, un experto en teoría de números que fue ayudante de Hilbert y Klein, también reparó en su singularidad:

Aprendí a apreciar en profundidad a Emmy Noether durante estos últimos años, con ocasión de sus visitas a Hamburgo; verdaderamente era una excelente persona. Debo confesar sin embargo que al principio me costó abstraerme de ciertos hechos evidentes.

¿Cuáles? Por desgracia, su misma evidencia le impide entrar en detalles.

Podemos comparar estas viñetas de Emmy Noether con otra que hace de ella una de sus estudiantes americanas, Grace Shover:

Su estatura rondaba el metro sesenta y era de constitución ligeramente robusta. Tenía la tez morena. Llevaba corto el pelo oscuro, vetado de gris. Cubría sus ojos miopes con unas lentes gruesas y tenía una forma peculiar de echar la cabeza a un lado y perder la mirada mientras se disponía a pensar sin dejar de hablar. Su aspecto y su modo de vestir no resultaban nada convencionales, hasta el punto de llamar la atención, un efecto que distaba mucho de ser premeditado.

Otras mujeres matemáticas, como Sofía Kowalevsky, sufrieron el mismo proceso de defeminización. Hasta en una biografía laudatoria de Kowalevsky como *El pequeño gorrión*, se la disfraza con diversos atributos masculinos para conferir cierta verosimilitud a su éxito matemático: su estampa infantil la convierte en un marimacho rollizo, que sentía alergia hacia los volantitos, las faldas y las muselinas, muy atractiva, pero *no hermosa*.

En resumen: el estereotipo femenino de mujer seductora se daba de bofetadas con el talento matemático.

Como parece ser que Kowalevsky era, en efecto, extremadamente atractiva, el procedimiento anterior resulta excepcional y la paradoja solía resolverse al revés, aceptando su feminidad, subrayándola y rebajando al mismo tiempo su mérito matemático.

Weyl sintetiza en una sola frase estas dos actitudes: *Sólo ha habido dos mujeres en la historia de las matemáticas, y una de ellas no era matemática, mientras que la otra no era una mujer*.

Aquí las palabras hacen su juego a costa de Kowalevsky y Noether. En cada caso se resuelve el régimen de incompatibilidades por una vía distinta.

En vida de Noether también se produjeron intentos de rebajar su estatura matemática, apoyados en que su enfoque, entonces de vanguardia, despertaba dudas o rechazo en numerosos matemáticos. En cualquier caso su presencia se hacía incómoda. La matemática austriaca Olga Taussky recordaría muchos años después sus tiempos de estudiante en Gotinga: *Nadie podría poner en duda su popularidad entre los estudiantes, pero sus colegas, o bien desconfiaban de su trabajo o bien era ella misma quien no terminaba de gustarles*.

Los propios amigos de Noether sintieron el peso de la contradicción y se embarcaron en un esfuerzo intermitente y casi arqueológico por escarbar y sacar a la luz sus rasgos femeninos. El desconcierto ante sus manifestaciones explícitas de cariño, absolutamente inéditas en la relación casi militar de un profesor con sus alumnos, unido a su generosidad y sincera preocupación por los estudiantes, sólo cabía interpretarse a la luz de una figura familiar: la de madre. Así, casi todas las descripciones



de Noether hechas por hombres desembocan tarde o temprano en su metafórica maternidad.

Recuperamos ahora un comentario de Weyl, para completarlo:

Si en Gotinga solíamos referirnos a ella en broma como *señor Noether*, lo hacíamos también como un reconocimiento respetuoso a la fuerza de su mente creadora, que parecía haber roto las barreras de su sexo. Pero sin duda eras una mujer, maternal, y de una calidez infantil.

No sólo te entregabas a los estudiantes en el terreno intelectual, por completo y sin reservas: se arremolinaban a tu alrededor como polluelos buscando cobijo bajo las alas de mamá gallina. Los querías, cuidabas de ellos y convivías estrechamente en su compañía.

Otro matemático, Norbert Wiener, insiste en la imagen de *numerosos estudiantes [que] se arremolinaban a su alrededor como un puñado de patitos en torno a su bondadosa madre*. Uno de esos patitos, el norteamericano Nathan Jacobson, recuerda que:

La gente solía llamarla *señor Noether*, algo fuera de lugar. Ella era muy, muy femenina. Poseía un formidable instinto maternal.

Aparte de esta obsesión caricaturesca por su aspecto físico o su modo de vestir, la sombra oblicua de la prevención se proyectaba a la hora de apreciar su carácter.

La austriaca Auguste Dick, autora de su primera biografía, siguió al pie de la letra los testimonios que recogió décadas después de la muerte de Noether:

Se comportaba a menudo de forma poco amigable con la gente que no compartía su modo de pensar, o incluso con aquellos que presumía que podían no hacerlo. Lo cual ha sido puesto de manifiesto por diversas fuentes [...]. Hoy nadie le guarda el menor rencor por ello.

Añade, sin embargo, que en su día hubo *gente que con frecuencia se sentía ofendida por sus maneras desagradables y a veces manifiestamente despectivas*.

Uno de sus discípulos rusos, Aleksandrov, ofrece una variación muy distinta sobre el mismo tema:

Su bondad y dulzura nunca la hicieron débil o incapaz de resistir la malicia. Tenía sus propias opiniones y era capaz de avanzarlas con fuerza y tenacidad. Aunque pacífica y conciliadora, su carácter también era apasionado, temperamental y decidido; siempre sostenía sus puntos de vista con franqueza y no temía la oposición.

¿En qué quedamos: resultaba poco amigable o se defendía con firmeza? Desde luego han sobrevivido testimonios de profesores que la trataron de modo desconsiderado. A nadie extraña que el hecho de no dejarse avasallar frente a la opinión de los hombres la volviera impertinente a ojos masculinos. No conviene olvidar que la mayoría de los matemáticos que trataron a Noether tendrían la última palabra en el ámbito doméstico, donde se hallaban recluidas las mujeres, y que no contarían con una sola experiencia previa de una mujer capaz de hacerles frente en su propio terreno académico.

Según Weyl, *no había nada rebelde en su naturaleza; aceptaba complaciente las condiciones tal y como se le presentaban*. Son palabras pronunciadas en su oficio fúnebre, donde seguramente trató de presentarla bajo la luz más favorecedora posible de acuerdo con los gustos de su auditorio. Porque en otras circunstancias menos protocolarias llegó a confesar que: *Era de complexión robusta y voz poderosa, y no siempre era fácil hacerse escuchar en su presencia*.

¿Hacerse escuchar o sermonear?

Edward J. McShane, un estudiante norteamericano, la encontraba: *no sólo extraordinariamente brillante, sino además absolutamente adorable*.

Y para otra alumna, Grace Shover: *era sincera, sencilla, cariñosa, considerada y respetuosa*.

Si los dibujos más caricaturescos o desfavorecedores salen de la mano de hombres, puede decirse lo mismo de los juicios desdeñosos acerca de sus dotes como docente. ¿Estos hombres nos ofrecen una mirada limpia o se sentían violentados frente a una mujer que les daba clase, encumbrada sobre un estrado? Probablemente nunca sabremos la verdad, pero es difícil retirar el velo de la sospecha sobre muchos testimonios, sobre todo teniendo en cuenta que las opiniones más positivas se deben a hombres jóvenes (menos cargados de prejuicios) y mujeres.

Con esta constelación de recelos e ideas preconcebidas de fondo, ¿cómo se desarrolló la carrera matemática de Emmy Noether? Podemos rescatar una frase del obituario que le dedicó Einstein para resumirla:

Nacida en el seno de una familia judía que se distinguía por su amor al saber, Emmy Noether nunca alcanzó en su propio país el estatus académico que le correspondía, a pesar de los esfuerzos de Hilbert, el gran matemático de Gotinga.

Pudo ejercer la docencia gracias a la baja de un profesor llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial. Durante quince años dio clase a diario, preparó conferencias y supervisó tesis doctorales, todo ello sin que se le reconociera cargo oficial alguno. El propio ministro de Educación de Prusia comunicó expresamente en 1917 su intención de que nunca le fuera permitido enseñar en una universidad alemana y hasta 1922, tras el advenimiento de la República, sus cursos tuvieron que ser anunciados de manera semiclandestina, siempre bajo el nombre de otro profesor y siendo mencionada tan sólo marginalmente, como ayudante. Necesitó dos décadas de actividad docente ininterrumpida para que se le reconociera la titularidad de sus clases. Hasta los 41 años no recibió ningún tipo de remuneración, pasando a cobrar el peor sueldo de su facultad. Nunca tuvo derecho a una pensión. Nunca fue catedrática. El cenit de su carrera académica fue el puesto de *privatdozent*, el más bajo del escalafón, mientras muchos de sus alumnos, por no mencionar una infinidad de matemáticos de inferior rango, ocupaban plazas fijas y cátedras.

Ni siquiera logró mantener el equilibrio en esta precaria situación. En abril de 1933 las leyes nazis irrumpieron en las aulas de Gotinga. El matemático Edward J. McShane nunca olvidaría su reacción:

Se le prohibió enseñar en la universidad, así que ella invitaba a los estudiantes a casa, donde daba clase. Nadie la pagaba por ello y además se ponía en peligro al cometer un delito: imponer sus matemáticas judías a estudiantes arios.

Estos fueron los obstáculos visibles, documentados en los archivos, en los epistolarios y aun en las mismas leyes alemanas, a los que tuvo que hacer frente Noether.

Querría terminar con una reflexión acerca de otra traba en cierto modo sutil, más subterránea, pero quizá determinante.

Hoy en día muchos padres se llevarían las manos a la cabeza en caso de descubrir que sus hijos desean ser cantantes, actores, pintores, *drag queens*, vagabundos o drogadictos a tiempo completo, pero incluso frente a la más abierta hostilidad un joven puede apuntalar su rebeldía sobre otras personas que, con nombre y apellidos, le precedieron. Antes de embarcarse en una vida de incertidumbre, puede trazarse un mapa de referencias, imitar, fijar con chinchetas los símbolos, el póster en su dormitorio con el que identificarse.

Cuando Emmy Noether decidió que quería ser matemática no halló en su entorno modelo femenino alguno en el que apoyarse. Tuvo que improvisar su camino enfrentándose con una manera mayoritaria de entender la sociedad. Si la tildaban de masculina, en realidad gran parte de la culpa era de la propia cultura de su tiempo, puesto que el único espejo donde acertó con el reflejo de su inspiración fue masculino.

¿Cómo vivió el desgarró de saber que sus certezas, que precisaban de cierta colaboración por parte de los demás para materializarse, eran compartidas por una minoría? ¿Y que incluso para esa minoría suponía una rara avis, una extravagancia, casi un accidente de la naturaleza?

La respuesta quizá se halle en la carta al editor que apareció publicada en el *New York Times* el 5 de mayo de 1935, escrita por Einstein tres semanas después de que Emmy Noether falleciera en su exilio americano, de las complicaciones de una operación quirúrgica:

Bajo los esfuerzos dirigidos a la obtención de bienes materiales, yace con demasiada frecuencia la ilusión de que este propósito es el más importante y deseable que cabe alcanzar; por fortuna, existe una minoría de personas que descubren desde una edad muy temprana que la más hermosa y satisfactoria experiencia al alcance del hombre no deriva del mundo de las apariencias, sino que se encuentra íntimamente ligada al desarrollo de los propios sentimientos, de su trabajo y su inteligencia. Los verdaderos artistas, científicos y pensadores han sido siempre personas de esta especie. Por anónimamente que discurran sus vidas, los frutos de sus esfuerzos son la contribución más valiosa que cada generación puede entregar a la siguiente.

Pienso que el abatimiento pudo alcanzarla a veces, pero nunca la rindió porque su actitud no nacía de un mero acto de rebeldía. O quizá porque procedía del mayor acto de rebeldía que cabe imaginar: aquel que lo es de forma inconsciente, que no se alimenta de contrastes y se limita a enunciarse a sí mismo, sean cuales sean las consecuencias.

